

La caminata

Llevaba más de diez horas de camino, ya había cruzado "Los Morales", aún faltaban dos haciendas más y el día se acababa. De vez en cuando sacaba su pañuelo para limpiarse las gotas de sudor que se escondían en los surcos recientes de su rostro. No llevaba reloj; los hombres de campo se guían por las luces del día y de la noche y también por los trinos de las pájaros y los cantos de los grillos.

Sentía hambre pero no había probado alimento; lo que quería era avanzar y avanzar, llegar antes del amanecer, era preciso, lo sabía muy bien. Sus manos crispadas apretaban cada una el objeto que llevaban: la derecha el bastón, y la izquierda su morral. La mitad del camino lo había llevado a la espalda, pero luego lo tomó en su mano porque intuyó que así era más seguro.



En los grandes solares recorridos el astro rey había sido implacable; no le importaba, el asunto que lo llevaba no permitía espera ni demora. En un tramo descansó del calor porque se nubló un poco, e incluso, hubo de mojarse porque una nube soltó su carga, la recibió con alegría, casi con gozo, pero estuvo a punto de rezar para que no arreciara, porque eso significaría un gran obstáculo.

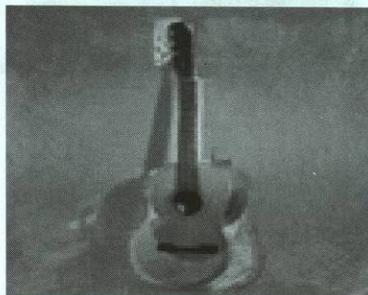
Todavía le faltaban tres kilómetros cuando sintió la debilidad de sus piernas con mayor crudeza y los estragos del hambre en su sistema, entonces se detuvo con coraje y buscó una piedra para sentarse. Allí, a la intemperie, abrió el morral y sacó un pequeño envoltorio con unos tacos sudados y fríos que comió con cierta prisa; bebió la botella de agua y no la tiró porque pensó en llenarla si encontraba una llave en el camino.



Se levantó de un jalón, de inmediato se dejó caer, sus piernas ya no daban más y sintió un dolor creciente que le llegaba hasta los huesos. Su voluntad era llegar, y llegar a tiempo. Por primera vez desde que dejó de ser niño, sintió deseos de llorar. El compromiso era muy fuerte, pero también la odisea realizada lo había extenuado.

Calculó que allí se estuvo como una hora; no podía esperar más, con aspereza y con esperanza masajeó sus piernas y se levantó resuelto, tenía que llegar a su destino, le faltaba menos de media hora. Rodeó la hacienda de "Los Villanda" por el sendero oculto para ahorrar tiempo y cuando divisó luz en "La escondida" se sintió aliviado.

Al llegar a la puerta levantó el bastón para tocar pero ésta se abrió con el puro roce. Entró de golpe pero observando todo con cautela. En el recibidor no había nadie, escuchó voces que venían del comedor y el sonido lejano de una guitarra.



Decidido se acercó al comedor, y sí, allí estaba Juan, su hijo, que quería casarse con Antonia, su hija y también de doña Luisa, la esposa del patrón.

Todos lo miraron con recelo, su presencia no había sido anunciada y su facha de bandolero inspiraba desconfianza. El patrón lo llamó por su nombre y le preguntó que si no estaba de acuerdo en que los jóvenes se casaran lo dijera, pero que de todas formas se casarían. Cada palabra del patrón taladraba su alma: -Yo sé Evaristo, que te opones porque crees que como trabajaste para mí, tu hijo pudiera ser discriminado en esta casa, pero no, los muchachos se quieren y yo no quiero más que la felicidad de mi hija, por lo cual hasta seré padrino de la boda, ¿verdad Luisita? dijo sonriendo y volteándose a mirar a su esposa. Ésta estaba pálida y demacrada y permaneció callada.

El padre de Juan pidió permiso para hablar con el patrón a solas, éste accedió pero le hizo ver que lo que le dijera no iba a cambiar las cosas. Apenas acabó de hablar el caminante, el patrón sacó del escritorio su



arma y fue en busca de su esposa para castigar su infidelidad.

Todo sucedió con la precipitación propia de las tragedias; el caminante se interpuso entre el patrón y su esposa, Juan trató de matar al patrón, las mujeres lloraron y al filo de las once de la noche las patrullas recogían los cuerpos del padre verdadero y del falso. Por su parte los jóvenes, sin comprender nada de lo que había pasado, se abrazaban a doña Luisa y le preguntaban si podían casarse. Ella respondió que sí, pero que no se lo dijeran a su padre.

armá y fue en busca de su esposa para castigar su infidelidad.

Todo sucedió con la precipitación propia de las tragedias; el caminante se interpuso entre el patrón y su esposa, Juan trató de matar al patrón, las mujeres lloraron y al filo de las once de la noche las familias recogían los cuerpos del padre verdadero y del falso. Por su parte los jóvenes, sin comprender nada de lo que había pasado, se abrazaban a doña Luisa y le preguntaban si podía cuidarlos. Ella respondió que sí, pero que no se le dijeran a su padre.

La evolución de los sentimientos, la realidad contrastada con las apariencias y el peso del rigor socioeconómico son las constantes motivadoras que llenan el contenido de esta nueva obra de la investigadora y crítica González.

El adiós, la ruptura, el amor y la muerte están presentes en los poemas porque de esos momentos está hecha la vida; como poeta capta lo universal de lo literario y lo expresa con su estilo sencillo, propio de quien desea llegar a muchos lectores, pero dentro de esa sencillez aflora el amor a las letras, como un grito de quien no quiere que se acaben las palabras.

La vida está hecha de decisiones y elecciones, pero en esta obra se ofrecen recursos para tomarlas con entereza, desprendimiento y perdón.

Leer esta obra puede dejarnos un sabor distinto pero cabalmente involucrados en el mundo caótico de hoy, del cual quisiéramos salir, y a la vez no queremos.



UNIVERSIDAD
CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UN

educación
POPA LA VIDA

